

El asesino y el acto criminal

*Prof^a Teresa Pont Amenós**

Introducción

El homicidio forma parte de la humanidad desde los inicios de la vida y tiene sus raíces en las emociones humanas, ya que el amor y el odio conviven dentro de todos nosotros desde que nacemos.

Por lo regular los periódicos y las revistas describen tales homicidios en términos superficiales y en exceso simplificados, con poco o ningún interés por explicar la complejidad de los sentimientos involucrados. Estas versiones resultan aún más confusas cuando se carece de información sobre los hechos importantes o incluso se los deforma.

La personalidad del asesino es compleja, y muchas veces el derecho ha tendido generalmente a minimizar su complejidad creyendo que la mayoría de homicidios los cometen personas que no padecen conflictos en la personalidad. No obstante, aunque hallamos conflictos emocionales importantes semejantes entre personas con profundas afecciones mentales, lo cierto es que son mucho más comunes entre los homicidas y otros delincuentes.

Explicar teóricamente un homicidio parece empresa fácil. Pero cuando llega el momento del juicio, la cosa resulta más compleja ya que para condenar, el tribunal no exige necesariamente que se descubra alguna motivación en el acusado; quizás porque generalmente existe una relativa indiferencia del derecho sobre ello, posiblemente en relación a la ignorancia que hay sobre la constitución psicológica del encausado, de la que como es natural, no son expertos.

El homicidio en sí es un misterio, y ello no solamente a causa de la multitud de emociones inconscientes que contribuyen a su gestación. Es un misterio porque la muerte está más allá de la experiencia de todo ser humano vivo. Al intentar desentrañar el misterio de la muerte, la tememos (aunque muchos la desean), nos sentimos atraídos por ella, anhelamos descubrir lo que se oculta, pero al mismo tiempo, deseamos alejarla de nuestra mente. A pesar de nuestros esfuerzos más ingeniosos, la muerte guarda su secreto y éste secreto constituye en parte la razón de la fascinación que el homicidio nos produce a todos.

Pero por muy fortuitos que nos puedan parecer la mayor parte de los homicidios de que nos enteramos por la prensa, la verdad es que el azar está muy lejos de ser el factor principal en ellos. Para comprender al homicidio (y no siempre podremos), debemos hacernos una pregunta básica: ¿Cuál es el verdadero motivo? Para hallar respuesta, debemos indagar más allá de los hechos obvios citados con tanta insistencia por el fiscal ante el tribunal. ¿Cuáles eran las necesidades y los temores inconscientes del asesino?...¿Y de su víctima?.....Porque, igual que suele suceder en toda relación interpersonal, el conflicto siempre suele ser cosa de más de uno.

Componentes criminales en personas normales

La muerte incita nuestra curiosidad, como algo desconocido y secreto, y ello constituye en parte, la razón de la fascinación que nos produce a casi todos los humanos. La intriga se refleja con evidencia en nuestro persistente interés por los relatos de crímenes y muchas veces, la abundancia de crímenes de que nos informan en los periódicos regularmente en primera plana, difícilmente satisface al gran número de personas que en su imaginación desean reconstruir una y otra vez más, el homicidio en cuestión.

El homicidio suscita dentro de nosotros toda una red de emociones inconscientes y contradictorias. Aunque la maldad sea repelente y horrible porque entendemos que transgrede los preceptos morales de la sociedad, no por ello a los ciudadanos respetuosos con la ley deja de atraernos irresistiblemente. Ello parece tener sus raíces en nuestros deseos homicidas u hostiles, conscientes o inconscientes, que para la mayoría en las ocasiones en que nos hemos podido sentir tan furiosos y a punto de matar, el malvado acto solo es actuado en nuestras fantasías, en nuestros deseos o sueños, pero no en la realidad concreta. Lo que suele subsistir de esas fantasías humanas es una admiración secreta por el homicida que ha osado hacer lo que el individuo normal no puede ni podrá jamás hacer efectivo en la realidad. De una forma ambivalente reprobamos al delincuente, ya que tenemos refrenados los impulsos asesinos y destructivos inconscientes, y públicamente exigimos que se de conformidad al proverbio bíblico "ojo por ojo y diente por diente", cumpliendo una dura condena. Al censurar así al homicida, estamos en el fondo repudiando nuestros propios deseos homicidas y nuestra propia culpa.

El amor y el odio son los que nos hacen a muchos de nosotros (especialmente a aquellos en los que se les acumulan intensas emociones malévolas, temores y miedos perturbadores que no encuentran paulatinamente adecuados canales de expresión externa), poder llegar a ser más capaces de matar de lo que imaginamos.

Muchos autores como la psicoanalista Melanie Klein, han manifestado que no existen criminales “per se”, que el asesino no lo es de nacimiento, que la tendencia criminal se desarrolla y permanece latente en las personas y, algunas de ellas se ven empujadas a cometer el crimen. Ellos se refieren a que en todas las personas llamadas normales, existen unas capacidades criminales, en determinados grados según se haya desarrollado una insatisfacción afectiva básica y malas experiencias en su infancia. Gracias al gran número y a la notable intensidad de ciertos rasgos, como son el deseo de venganza, el afán de poder, los miedos, el sentimiento de impotencia o inferioridad... nos es posible a los psicólogos distinguir al homicida de las personas mentalmente perturbadas.

A través de la experiencia, se han conocido muchos casos de homicidas en los que, aunque no perceptibles fácilmente en el exterior, por dentro, se sentían intensamente atormentados. Algunos psicólogos atribuyen a tres elementos psicológicos principales entrelazados, la capacidad de inclinar nuestra mente hacia el homicidio: una intensa frustración, temor y depresión.

Los conflictos a que me refiero, se originan en serias situaciones traumáticas o conflictivas experimentadas primariamente en las más tempranas fases de la niñez, en el primero o segundo año de la vida del niño.

En niños que muestran tendencias antisociales y criminales y, que las “actúan” una y otra vez, reiteradamente (por supuesto en forma infantil a través de pegar, arañar, romper, agredir...), son los que, según M. Klein, más temen una cruel retaliación de sus padres como castigo por sus fantasías agresivas dirigidas contra esos mismos padres. Esperan un castigo real y severo, que suele resultar siempre reasegurador en comparación con los ataques “asesinos” que continuamente esperarían de sus padres, fantásticamente crueles en su mente. El pequeño, ya en la normalidad sucede, primero alberga impulsos y fantasías agresivos contra sus padres, después los proyecta en ellos, y si lo que aquellos le devuelven es retaliativo o dañino, irá progresivamente desarrollando una imagen o fantasía distorsionada de la gente que le rodea.

Es la severidad del superyó (es decir, de la propia conciencia), la responsable del comportamiento característico de personas asociales y criminales. Por otra parte, al actuar al mismo tiempo otro mecanismo de introyección, por el que a su vez va internalizando estas imágenes irreales, el niño se siente luego a sí mismo gobernado por padres fantásticamente peligrosos y crueles: su superyó dentro de sí.

Se establece un círculo vicioso, la angustia del niño lo impulsa a destruir sus objetos de vinculación básica, incrementándose la propia angustia con ello, y a su vez ello le presiona

contra los demás, constituyendo este círculo vicioso el mecanismo psicológico que parece estar en el fondo de las tendencias asociales y criminales en el individuo.

Cuando en el curso normal del desarrollo, y con una “suficientemente buena” socialización afectiva disminuyen tanto el sadismo como la angustia, el niño encuentra recursos y modos mejores y más civilizados de dominar su angustia. La mejor adaptación a la realidad, permite al niño conseguir más apoyo contra las imágenes terroríficas fantásticas internas a través de sus relaciones con sus padres verdaderos/reales que le aportan seguridad reparación y confianza. Cuanto más aumenta la tendencia y capacidad de reparar y más crece la creencia y confianza en los que le rodean, más se apacigua el superyó y, viceversa. Cualquier persona intensamente angustiada o temerosa, en caso de sentirse particularmente amenazada, puede sufrir una enérgica y/o violenta reacción. El más leve conflicto emocional le obliga a reaccionar exageradamente a las frustraciones que no puede controlar. Si se le somete a presión excesiva, se torna iracunda, indefensa, vengativa o impulsiva.

Pero en los casos que, como resultado de un fuerte sadismo y angustia abrumadora, el círculo vicioso entre el odio, la angustia y las tendencias destructivas no puede romperse, el individuo sigue estando bajo la tensión de las primeras situaciones de angustia y retiene los mecanismos de defensa pertenecientes a este estadio temprano.

Si el miedo al superyó por razones externas o intrapsíquicas, pasa de ciertos límites, el individuo puede sentirse compelido a destruir a la gente, y esta compulsión puede formar la base del desarrollo de un tipo de conducta criminal o incluso, de psicosis (enfermedad mental). Las mismas raíces psicológicas pueden desarrollarse hasta constituir paranoia o criminalidad, suprimiendo las fantasías inconscientes y haciendo “acting out” en la misma realidad.

Naturalmente en casos en que los niños no solo en la fantasía sino también en la realidad, experimentan cierto grado de persecución por padres malos o un ambiente miserable o dañino, se reforzarán fuertemente las fantasías negativas.

Si no hay en el mundo más que enemigos, y esto es lo que siente el potencial criminal, a su modo de ver, su odio y destructividad se justifican ampliamente, aliviando algunos de sus sentimientos inconscientes de intensa culpa.

Por otra parte, cuando niños, al sentirnos heridos por el rechazo o censura de los demás, o expresamos lo que sentimos, o bien apartamos de nuestra mente nuestro verdadero resentimiento o desagrado hasta que lo “olvidamos”. Estos sentimientos se hacen inconscientes, pero si perseveramos reprimiéndolos con la represión(que es el mecanismo de defensa básico

en el ser humano), ésta se convierte en patrón de conducta, al no hallar forma alguna de liberarlos o de expresarlos fuera, y estas emociones malévolas se van acumulando dentro de nosotros pudiéndose “encapsular”. Como la ira es socialmente inaceptable, se verán obligados a reprimirla, y, en consecuencia sentirán angustia, que, en ocasiones, es más desintegradora que la misma ira.

Si posteriormente no son capaces de seguir refrenando esos sentimientos hostiles en algún/nos momentos o determinadas situaciones de la vida, las defensas protectoras del propio ego se derrumban y surgen impulsos que pugnan por expresarse en forma de actos homicidas. Las vivencias traumáticas dejarán una huella imperecedera que durante toda la vida influirán en su concepto de lo que es amenazador o peligroso para ellos. Posiblemente obre en ellos con mayor fuerza la tendencia a evocar incidentes dañinos, por ejemplo, en ocasiones similares a aquellas en las que se sintieron afectivamente desamparados, amenazados o coléricos.

Desgraciadamente, la persona que sufre de ese modo, por lo general no es consciente de ese patrón de represión formado desde su niñez. Es bien sabido que cuando una persona ha de desfogar la angustia frustrada en una abreacción, no tiene conciencia de los verdaderos motivos de su conducta. La gente no parece comprender que el homicidio, como tantos otros de nuestros actos, suele cometerse bajo la influencia de motivaciones íntimamente vinculadas con alguna emoción dañina, casi siempre olvidada, intensamente experimentada en algún momento de la niñez.

Abrahamsen explica en *La mente asesina*, que el análisis de las experiencias por las que han atravesado muchos homicidas, descubre entre ellas un gran número de incidentes padecidos en su vida (conflictos entre su ambiente y su mundo interior o mundo de los impulsos infantiles sexuales y de auto-conservación), que han podido ejercer una importante influencia en el origen y desarrollo de sus profundas perturbaciones psico-sexuales, uno de cuyos síntomas resultantes suele ser la pasividad fruto de una vivencia de estar dominado o anulado por otro (este autor refiere, que estas personas, al tratar de vencer su pasividad, intentan defenderse a sí mismos contra los resultantes sentimientos intensos de desamparo a través de una reacción violenta).

Pero de todas formas, la característica primordial del homicida es un sentimiento de desamparo, impotencia y venganza que lo persigue desde comienzos de su niñez, que distorsionará su visión de la existencia y la totalidad de sus actos, persistiendo el odio irracional contra los demás, la suspicacia y la hipersensibilidad frente a las injusticias o el rechazo (agravados por un habitual egocentrismo e incapacidad para soportar la frustración).

Diversidad de actos criminales y homicidas

Obviamente el acto criminal se presenta de muchas formas. Algunos se cometen impulsivamente y entrañan una participación emocional intensa, en gran medida inconsciente (que, penalmente se considera un homicidio). Otros son premeditados, fríos y sin participación emocional, planeados y preparados. Unos son individuales, otros son cometidos masivamente, políticos, asesinatos en serie, parricidios, por violencia de género, infanticidio, etc.

En la mayoría de actos criminales se da una situación precipitante que lo desencadena. Pero más importante que esta situación, es la posibilidad de que el odio que se ha venido acumulando gradualmente por largo tiempo se convierta en un conflicto fijo en la mente del asesino, como sucede cuando se trata de un criminal experto o perteneciente a una organización criminal (terroristas, clanes, mafias, sectas...), siendo los que habitualmente más suelen interesar en derecho.

Megargee (1966) dividió a los asesinos, en dos categorías: los sobrecontrolados, que responden con pasividad a las provocaciones y se van llenando de resentimiento hasta que por cualquier razón, explotan en un hecho de gran violencia y, los subcontrolados, que responden habitualmente agresivamente aún con provocación mínima (aunque la violencia desplegada aquí sea menor).

El análisis de los perfiles de presos obtenidos a raíz del MMPI en una cárcel de Yugoslavia (Biro et al, en una más moderna investigación en 1992), enumeró 4 grupos: psicóticos, hipersensitivos-agresivos (con grandes rasgos paranoides), psicopáticos y normales. Los primeros, manifestaban síntomas de enajenación como alucinaciones, delusiones, etc. Los segundos, reflejaban a los individuos intolerantes ante la frustración, introvertidos, y con propensión a las reacciones de violencia; tienen graves problemas de relación interpersonal, y se muestran egocéntricos y rígidos, y buscan sentir, sobre todo: la venganza. El grupo de los psicopáticos recoge los atributos habituales de éste síndrome, incluyendo la irresponsabilidad, el egocentrismo y el rechazo de las normas morales y sociales, buscando sentir preferentemente: el poder. La última categoría comprendía individuos que no presentaban signos relevantes de patología psíquica como en las neurosis.

El Dr. Tanay, analizándolo desde otro punto de vista, sugiere tres tipos de actos criminales: El homicidio egodistónico, psicótico y egosintónico.

1.- El homicidio egodistónico, que al parecer, suele ser el cometido por la mayoría de individuos, que aparece cuando existe un conflicto insoluble entre el ego/yo del sujeto y su superego o conciencia, pero acotados o desligados del resto de la global personalidad, incidiendo ello en que el sujeto no pueda ser capaz de controlar su agresión, pudiendo sólo reaccionar de un modo explosivo y violento (posibles actos aislados, repentinos e imprevistos, como por ejemplo en sujetos considerados “normales” por su vecindario).

En los neuróticos, no obstante sus impulsos puedan ser delictivos, son generalmente capaces de mantenerlos controlados ya que el amor prevalece por encima del odio, por muy intenso que éste sea. En ocasiones, el carácter del individuo parece ser satisfactorio, pero puede colapsarse bajo situaciones de un excesivo estrés o de una amenaza real para su propia seguridad, por ejemplo en el caso de una abuela que se defiende hasta la muerte frente a un asaltante que quiere hacer daño a su nieto pequeño, o un propietario de una casa que llegue a matar al ladrón que le apuntala con un arma, o en casos en que la vida “real” peligre, o sea cuestión de “vida o muerte”. En actos de este tipo, se aprecia que, aunque se encuentren generalmente manejándose en la etapa, que M. Klein llama posición depresiva (más madura y evolucionada psíquicamente, que facilita la propia autocontención, digestión y metabolización gradual de los impulsos), la situación real de peligro que afrontan, les hacen movilizarse masiva y rápidamente, provocando un desplazamiento hacia un estado más inmaduro y desestructurado, dominado por ansiedades persecutorias frente a la amenaza a su propia existencia (llamada por ella posición esquizo-paranoide). Aquí se tendría que diferenciar entre el que llega a cometer el crimen para salvar su vida, de aquel que, sin embargo, “no puede”, debido a la presión que su superego o estricta “moralidad” ejerce sobre él (por ejemplo cuando una persona se queda paralizada ante el peligro).

S.Freud, en 1916, en un breve pero clásico trabajo “Criminales por sentimiento de culpa”, manifestó que el delito que se comete en la actualidad, es una mera realización de una orden de aquello que está teniendo lugar en la mente inconsciente del autor. Dijo, que ser castigado y penado por delitos menores en el mundo externo, le sirve a éste para mitigar su culpa inconsciente por otros delitos cometidos en su fantasía o mundo interno (deseos inconscientes). Hay vínculos que conectan al delincuente y al neurótico, aunque la conducta sea ampliamente diferente, cosa que le indujo a preguntarse: ¿un delincuente lo es todo o nada, o hay una escala de manera que se pueda preguntar sobre una persona, cuanto de delincuente hay en ella o él?

Williams, desde otro punto de vista, nos habla de dos tipos de criminales entre los que suele existir una escala o distinta gradación. El que es consciente de su alto componente criminológico y realiza fuertes esfuerzos para controlarlo. El superego o intensidad de su conciencia y de sentimiento de culpa es tan intenso que requiere a menudo la búsqueda de una expiación. En

muchos casos se da una social canalización de estos impulsos como a través de actividades de riesgo, deportes, la escritura (Stephen King entre otros autores), cine (Tarantino..), etc... Y el que no es en absoluto consciente de ello.

Los delitos pueden causar, también, un desequilibrio en un individuo que mantiene su criminalidad interna en una especie de equilibrio intrapsíquico precario. El mejor ejemplo de este tipo de desequilibrio seguido de un re-establecimiento precario del equilibrio, es por supuesto, un homicidio.

Por otra parte, nos podemos encontrar también con individuos, aparentemente dentro de una normalidad pero que si los estudiamos a fondo no lo son, en los que se puede dar una criminalidad interna encapsulada (como una “mina” que se tiene dentro), que puede sorprender al encontrarse en uno, varios o muchos conjuntos de circunstancias. Parecería que hay en él una encapsulamiento delictivo como una separación en la pareja Dr.Jekyll/Mr.Hyde, cuyas alternativas dependerán según estén afectadas la personalidad y la conducta del sujeto (es como sucede en la formación de las perlas, cuando se encapsula aquello que es irritante, en una clase de quiste dentro de la ostra, de tal forma que deviene no doloroso ni peligroso).

Se da la situación en que la criminalidad mantenida durante muchos años en la fantasía, puede ser actuada, totalmente o en parte, o en ciertas circunstancias específicas (muchas veces afloran en diferentes momentos de crisis en la vida en que se produce una gran movilización de impulsos: como por ejemplo, en la adolescencia o en crisis de la edad media, entre otras).

2.- El homicidio psicótico, es una segunda forma y se caracteriza por la ruptura total con la realidad pudiendo intervenir en actos explosivos, desconectados y a menudo, sin sentido (brotos, psicóticos, esquizofrenias paranoides...).

3.- Una tercera forma, el homicidio de tipo egosintónico, es realizado con poca o ninguna disgregación de la función del ego; para el asesino, el acto es racional y conscientemente aceptable. Muchos de ellos han vivido en una subcultura donde la agresión hostil y la violencia manifiesta han llegado a ser cotidianas; son gente marcada por profundas huellas traumáticas narcisísticas en el inicio de la vida y desarrollan trastornos de personalidad de tipo caracterial, antisocial y psicopático de gran dureza y cronicidad (sujetos pertenecientes a mafias, bandas, asesinos a sueldo, gente de lumpen, de bajos fondos, narcotráfico, delincuentes duros...). Muchos presentan una crónica devoción hacia los objetos criminales, en los que existe una seria distorsión del impulso de vida y de las relaciones interpersonales (casos sádicos y sanguinarios, psicopatía), conllevándoles a sentirse siempre en guerra contra la sociedad, a vivir a menudo en una subcultura delictiva, a no tener sentimiento de culpa y ser muy difíciles de tratar

terapéuticamente, si no imposible, según la experiencia habida hasta el momento. Algunos de estos tipos de criminales se encuentran con que no tienen capacidad de contener, reflexionar y elaborar experiencias excitantes, temerosas o desinistrantes o que éstas son, muy inefectivas, debido, según M. Klein refiere, a que estos individuos están anclados en la posición más precaria de la personalidad, la esquizoparanoide .

- Homicidio político

Un aspecto particular del homicidio es el asesinato político, distinto del homicidio ordinario que se fue desarrollando especialmente a partir de 1963, con una dramática proliferación de violencia en la vida norteamericana .

Muchos estudios sobre acusados del delito de amenazas contra el presidente u otros funcionarios gubernamentales, como entre ellos Lee H.Oswald (mató a Kennedy) y Bremer (hirió al gobernador G.Wallace), el asesino de A.Lincoln, ... mostraron sorprendentes similitudes en sus antecedentes familiares, en su personalidad y en sus patrones de conducta.

Cabe destacar que son personas propensas a fantasías intensas y recurrentes de venganza y omnipotencia que les incitan a traducir sus violentos impulsos. Característico de ellos era su fracaso personal, como expresión de su falta de confianza en sí mismos, muy frecuente en los asesinos (no confundir con una habitual opinión exagerada de sí mismo y un gran afán de poder, reveladores de sentimientos de omnipotencia, que son unos mecanismos defensivos muy primarios e inmaduros de la personalidad que suelen subyacer bajo un sentimiento de gran impotencia y desamparo infantil). Sus ambiciones desorbitadas no guardaban proporción con sus verdaderas capacidades intelectuales y emocionales.

En la historia de EEUU, los asesinos políticos han sido por regla general solitarios, personas aisladas incapaces de establecer relaciones humanas genuinas.

Todos los asesinos políticos potenciales o reales se habían criado en el seno de familias en las que prevalecía la pobreza, la hostilidad, las discusiones y riñas, una frecuente ausencia o pasividad del padre y un predominio potente de la figura materna. En ninguna familia había habido una figura masculina estable con la cual identificarse, y en consecuencia, estos individuos se haban identificado intensamente con su madre. Esta identificación fomentada por la misma madre, expresamente transmitía a sus hijos las amenazas de venganza y el resentimiento contra los maridos que las habían descuidado o abandonado, reflejo incontables veces del relegamiento que, a su vez, habían sentido desde sus propios padres.

La ausencia del padre en la vida del niño había sido muy perjudicial para su bienestar emocional. Ante la imagen de un padre negligente, abandonado o muerto, estos individuos se sentían obligados a proteger a la madre pero rechazando a su vez los deseos sexuales prohibidos hacia ella.

Privados del padre y sin encontrar la figura masculina con la que identificarse, la identificación anormal materna les hizo vulnerables a toda clase de amenazas contra su masculinidad y hombría. Para defenderse creían que debían superar al padre y/o a sus prósperos hermanos mayores, desplazando el odio hacia figuras representativas de la autoridad paterna, de la ley y del poder social (el desplazamiento, es un fenómeno psíquico frecuente por el que los actos o pensamientos aparentemente dirigidos contra determinada persona, van inconscientemente hacia otra).

El padre de L.Oswald murió antes de que Lee naciera, y el niño fue educado por una madre dominante y sobreprotectora que le prodigaba un amor obsesivo y absorbente (características comunes a las madres de Bremer, y otros asesinos...etc). Posteriormente, su esposa Marina lo acusó abiertamente de impotencia, razón por la que lo había abandonado dos meses antes de que supuestamente asesinara a Kennedy en 1963. Es posible que Oswald hubiese querido demostrar a su esposa de una vez por todas que efectivamente era poderoso, potente. Anteriormente ya había intentado probar que en modo alguno era débil o pusilánime y había tratado a su esposa e hijos de forma brutal, llegando incluso a golpearla con rudeza en diversas ocasiones. Abandonaba frecuentemente su hogar, incapaz de satisfacer las apremiantes necesidades de su familia, debido a su dificultad por encontrar un empleo (manifestación de su dificultad por ser autónomo, capaz e independiente y de espabilarse como un hombre "hecho y derecho" en la vida).

Generalmente las relaciones deficientes que mantienen los asesinos con el sexo opuesto tienen serias repercusiones en sus relaciones con la gente en general. Tienen pocos amigos íntimos o ninguno (porque el niño que no puede confiar en sus padres, no puede confiar en los demás). La incapacidad por distinguir las situaciones reales de sus propias fantasías es sorprendente. El asesino de Lincoln creía que después del asesinato sería considerado un héroe. Así también Oswald y el que mató al reverendo M.Luther King (que, por otra parte nunca se llegó a vincular efectivamente con mujeres, siendo incapaz de desarrollar una firme identidad masculina y constante).

La diferencia entre un asesino político y los otros, radica en que aquellos muestran una mayor obsesión por la sociedad y los acontecimientos mundiales, por el mundo, el gobierno, y la

autoridad a los que consideraban horribles, pero también consideraban horrible a su mundo interior, aunque no tenían ninguna noción consciente de ello.

Su convicción de que el mundo se hallaba amenazado por una subversión política no era sino un reflejo de su creencia de que ellos mismos se sentían amenazados; por ello debían racionalizar su acto violento y darle alguna justificación política o moral. Al amenazar autoridades oficiales están lanzando una petición de auxilio; inconscientemente desean llamar la atención del gobierno, que se haga cargo de ellos, los proteja, los ayude a aliviar sus sufrimientos y satisfaga sus necesidades de dependencia.

La magnitud e intensidad de sus fantasías hostiles reprimidas, desbordan su ego (invaden a toda su personalidad) y terminan por abarcar el mundo entero (odio contra el mundo al que cree obligado a destruir a fin de crear uno nuevo a su propia imagen, estimulado por su deseo de realizar hazañas grandiosas). De ahí que elijan a víctimas poderosas que han conseguido lo que ellos hubiesen deseado aunque en realidad no tuviesen la más mínima posibilidad de lograrlo y sin pensar mucho en las consecuencias para sí mismo (Oswald, por ejemplo, se consideraba marxista y hasta soñó en convertirse en primer ministro de Cuba, asesinó a un presidente amante de la libertad, líder de una nación poderosa; Bremer persiguió a Nixon y a otros antes de disparar contra el gobernador Wallace). Asesinando a la alta autoridad oficial disfraza el odio que en su niñez sintió contra el padre tras una máscara político-social. La desesperación es comparable a la del secuestrador de aviones, que con su acto pone en peligro su vida y la de todas las personas a bordo. No sólo inconscientemente provoca el peligro y lo disfruta sino que además lo ama, contemplándolo con gusto (lo puede todo).

El aeropirata y el asesino político utilizan el mismo mecanismo psicológico. Quieren saber cuán lejos pueden llegar sin salir seriamente perjudicados. Tras esas pruebas se oculta el deseo inconsciente de descubrir cuánto poder pueden ejercer sobre sí mismos y sobre los demás. Lo que en común comparten estos asesinos con el ordinario, es el afán de poder. Al obtener poder acrecienta la propia estimación, fundamentalmente afincada en su identidad sexual, a menudo deficitaria. Uno, porque sabe que con una sola bala que él dispare, no sólo termina con una vida sino que hunde a toda una nación al caos. El otro, obtiene su oportunidad de ejercer el poder cuando dicta órdenes y amenaza a la tripulación con disparar o hacer explotar una bomba o cuando exige grandes cantidades de dinero como rescate a cambio de una vida.

- Los asesinos en masa suelen estar bajo una presión insostenible producto de una situación que le ha incapacitado seriamente (generada a lo largo del tiempo, producto de un pensar continuo sobre actos violentos y fantasías de poder o sexo: ej algunos actos efectuados por veteranos de Vietnam, matanzas en escuelas,). Es cuestión de una urgencia ineludible, que empuja a que

la explosión de energía haya de ser liberada. La acción límite es vista como única salida, que se desprende del suicidio con que suelen acabar estas masacres.

- El asesino en serie está reconocido como el caso más grave y espectacular, que salvo que sea un perturbado mental, es un auténtico psicópata y estos no precisan situaciones límite para actuar.

Uno de los psicópatas en estado puro mas impactantes que registra la historia de los asesinos en serie fue Theodore –Ted- Bundy -, ejecutado en la silla eléctrica en 1989, indica como el rechazo de que fue objeto por parte por una jovencita en su primera experiencia sentimental, le provocó severos trastornos que lo llevaron a violar y asesinar a gran cantidad de jovencitas con las mismas características físicas de aquella que lo había rechazado tratándolas como basura(las que atraía con su encanto personal, normalmente en colegios o puntos de reunión). Hablando de sí mismo: *“Lo que me fascinaba era la caza...buscar a las víctimas.....poseerlas como uno podría poseer una maceta, un cuadro o un porsche”*. Obsérvese que todas esas habilidades son las de un cazador (los perfiles destacan esa característica), porque realmente lo que hace es aplicar la estrategia de "cazar": conoce el sitio con anterioridad, estudia el terreno, sabe donde llega "la presa", espera y ataca –siempre de la misma manera-.

Aunque la mente del Psicópata es calificada por la Psiquiatría como enferma, no se le considera oficialmente un loco, porque su actuación demuestra que está ubicado en el tiempo y en el espacio, "actúa inteligentemente", sin dejar rastros ni pistas en lo que técnicamente se llama "manejo limpio de la escena del crimen". Haber permanecido en el misterio desde 1986 lo demuestra. Sus perturbaciones son de algunas/muchas áreas de su personalidad, pero no de todas.

Aquí me voy a detener en algunos aspectos de la desgraciada vida de uno de estos asesinos más representativos: Charles Manson. Nació en Cincinnati Ohio en 1934. Su madre una prostituta de 16 años, no tenía aun el nombre para su hijo y es por eso en el acta de nacimiento aparece: "sin nombre madox". Después le llamó Charles en honor a uno de los tantos amantes con el cual se casó por una corta temporada, pero con el que Manson no tenía ningún vínculo de sangre. Se dice que el verdadero padre fue un tal coronel Scott de Ashton, Kentucky y que Katheline lo demandó legalmente para la manutención de su hijo, ganando el pleito y obteniendo la suma de \$5 dólares para el pequeño. El coronel Scott, murió sin conocer a su hijo. Cuando Charles ya contaba 4 años de edad, su madre Katheline y su tío son sentenciados a 5 años de prisión por asaltar una gasolinera, Charles queda bajo la custodia de una tía severamente religiosa, el esposo de esta tenía claras tendencias sádicas lo llamaba con diminutivos y llegó a vestirlo de mujer en su primer día de clases para que según él aprendiera a comportarse como un hombre. Katheline no cumplió la sentencia de 5 años, salió bajo libertad condicional en 1942, y reclamó a su hijo, pero no estaba preparada para la maternidad, enferma de alcoholismo y llevando a

casa clientes de ambos sexos. Dejaba a Charles con los vecinos solo por una hora, desapareciendo días y hasta semanas.

Charles estuvo en un internado, se escapó para reunirse con su madre, pero Katheline no lo aceptó, así que Charles tuvo que vivir en la calle y robando para comer. Fue arrestado y se escapó del reformatorio juvenil, siendo recapturado y enviado a una granja para varones del Padre Flanagan desde donde también volvió escaparse en un auto robado. Cometió más robos y fue arrestado nuevamente a los 13 años, siendo recluido en Pringfield, Indiana, donde sufrió abuso físico por parte de otros internos y guardias. El mismo Charles Manson declararía posteriormente que uno de los guardias incitaba a los demás internos a torturar y a violarle, mientras el mismo contemplaba la escena. De ahí en adelante la vida de Manson siguió de un arresto a otro y de prisión en prisión, escapándose y siendo arrestado de nuevo, siendo sentenciado a una prisión federal por conducir autos robados fuera del límite estatal. En esa cárcel de mínima seguridad, atacó a un recluso obligándolo a tener sexo con él mientras sostenía una navaja de afeitar cerca de su cuello, por ese episodio fue reclasificado como peligroso y encerrado en un lugar de máxima seguridad en donde llevo acabo infracciones disciplinarias entre ellas tres asaltos de índole homosexual.

Después de más asaltos y subsecuentes arrestos, es llevado a la penitenciaría de la isla Mcneil en donde al llenar la forma de ingreso deja acentuado que su religión es la Dianética. Después de una evaluación con un coeficiente intelectual, de 121 puntos, y gracias a un repentino cambio de actitud se le considera recluso modelo, obtiene de nueva cuenta su libertad condicional en 1967 y se va a S. Francisco. Era el verano del amor, miles de jóvenes experimentaban con las drogas y creían en el poder de las flores y el amor y la paz. Las calles estaban llenas de adolescentes y desadaptados, que buscaban respuestas en el LSD. Detrás de ellos había una red subterránea de vívales que se autodenominaban Gurus y entre ellos, narcotraficantes, fanáticos religiosos, tratantes de blancas, pandilleros y demás fauna nociva, todos ellos tratando de sacar el mejor provecho personal. Ya en S. Francisco, Manson desarrolló un carisma muy especial, que atrajo a jóvenes incomprensidos de ambos sexos, representantes de todos los estratos sociales, graduados de universidad, involucrados con sectas satánicas, la mayoría de ellos sin una dirección trazada para continuar su vida y adoptaron a Manson como una especie de Guía espiritual, Figura paternal, amante y algunos hasta lo consideraron como El Cristo encarnado. Cabe señalar que sus seguidores no se nombraban así mismo familia. Fue la policía la que los denominó así The C. Manson's Family y, conforme se fueron organizando, se relacionaron con la iglesia de Satan y la Iglesia del juicio final quien adoraba por igual a Lucifer y a Yoba y demás cultos oscuros. C. Manson creció obsesionado con la muerte y su interpretación por los Beatles, que según él predecía la guerra de las razas en EEUU.

En 1968 dos mujeres fueron golpeadas y estranguladas cerca de California por la familia de Manson, una esposa de un oficial de policía, embarazada y, la abuela de la misma. Los homicidios tenían características rituales y varios miembros de la Familia estaban en ese condado. Dos meses después, Marina Hate de 17 años de edad fue secuestrada afuera de su casa y su cuerpo fue encontrado con múltiples puñaladas en el cuello y tórax las investigaciones demostraron que ella sostenía relaciones con miembros de la Familia de C. Manson. En mayo de 1969 un supuesto tío de C. Manson, fue golpeado hasta la muerte en su departamento de Kentuchy y clavado al piso con un gran cuchillo, no se ha comprobado nada sobre Charles Manson con respecto a ese homicidio, pero en las mismas fechas su supervisor de libertad condicional no supo nada de él.

A finales de los sesenta, cometió en Hollywood un asesinato ritual de un grupo de acomodados amigos que disfrutaban de un party. Entre las víctimas estaba Sharon Tate, una actriz protagonista femenina de "El baile de los vampiros" y esposa del afamado R. Polanski. Al quitarle la vida, Manson, la bella Sharon pasó a formar parte de la Leyenda Negra de Hollywood . Hay otras muertes relacionadas con la familia Manson, pero hasta la fecha la fiscalía no ha podido comprobar la autoría intelectual y material de esos homicidios. Ya con Manson en la cárcel, la Familia quedó a cargo de D. Front, quien mantuvo correspondencia con él y siguió propagando su visión apocalíptica, acumulando más adeptos, gracias a sus alianzas con grupos racistas y cultos oscuros. En 1975, Demeth intentó asesinar al presidente Gerald Ford, pero fue capturada y sentenciada a cadena perpetua. Hoy en día, eslabones de la Familia Manson están relacionados con narcotráfico, pornografía infantil, abuso sexual, y hay hasta rumores de sacrificios humanos.

Quizás lo que tiene de aterrador el asesinato, sea éste único, en serie o de un grupo, es la capacidad de inhumanidad con que el ser humano puede tratar a otro. Charles Masson, el asesino de los naipes, Jack el destripador, el estrangulador de Boston, Hitler y el nazismo..... Hay asesinos como Leopold y Loeb, de clase social acaudalada que pudieron llegar a quitar la vida de un niño sólo por una mezcla de ideología errónea y de gusto por experimentar nuevas sensaciones, sin que la cultura y la inteligencia puedan ser un freno suficiente.

Algunas características que se aprecian en los homicidas

Por supuesto que no existe una relación causal directa entre las enfermedades psicosomáticas y el acto criminal. Por sí mismos, los trastornos psicosomáticos no conducen al crimen. Son

muchas las personas que padecen dolencias de este tipo: úlceras, jaquecas, asma...y no son criminales ni probablemente lo serán jamás.

No obstante, es muy importante señalar que los estados psicósomáticos son frecuentes en aquellas personas que provienen de hogares donde la tensión familiar se manifestaba habitualmente en discusiones violentas y rivalidades. En otras palabras, el odio y los actos violentos parecen originarse en la misma constelación del síndrome familiar que provoca trastornos psicósomáticos, en ocasiones, aun al grado en que, según investigó Abrahamsen, estos trastornos funcionan como sustitutos de actos criminales.

Al exponerse al peligro, el individuo propenso a sufrir accidentes es motivado por una necesidad inconsciente que gira en torno a un núcleo interno de dolor. Tenta a su suerte, acepta riesgos y, sin advertirlo, se coloca en situaciones peligrosas con el fin de castigarse a sí mismo. A menudo no puede contenerse. Ese afán de exponerse a sí mismo y a otros al peligro, está íntimamente relacionado con sus deseos inconscientes de sufrir. Sólo pueden sentirse bien cuando expresan sus emociones hostiles exponiéndose al peligro (propensión a los accidentes dos veces mayor que los no delincuentes). Por muy paradójico que parezca, ciertas personas tienen que mantenerse desgraciadas para sentirse bien (sodomasoquismo que alienta el que puedan no sólo matar sino también luego suicidarse).

Las autolesiones así como las automutilaciones, frecuentes en situaciones- límite, o de desborde personal (a menudo en personalidades borderline-límite o trastornos graves de la personalidad cuyo yo está poco definido y diferenciado del otro), son actos en que se produce un daño contra sí mismo (agresividad que en vez de dirigirse hacia fuera, revierte contra uno mismo) como forma de tratar de poner fin, calmar y/o contener (según sea la ocasión) angustias de muerte intolerables a través del propio cuerpo). Ello indica generalmente una falla simbólica y una imposibilidad de obtener contención psíquica por otras vías más sanas. Es una manera de poner control a la sensación de caos interno, de poder recuperar el sentimiento de seguir estando vivo, de no desaparecer, o dejar de ser uno mismo. Por otra parte, también constituyen a menudo una frecuente manifestación que se observa en personalidades psicópatas con tendencias criminales, en las que el acto autodestructivo forma parte de un ritual, antes de iniciar "la caza".

En el asesino el sentido de verdadera identidad es inadecuado o deficiente, y de ahí también, su insuficiente identidad sexual. Tratarán de compensar su incapacidad tratándose de afirmarse forzosamente por otros caminos.

Incapacitados para amar genuinamente, no se sienten por consecuencia amados ni deseados. Al ser rechazados sexualmente reaccionan de modo violento, pues sienten amenazada la totalidad de su yo. El resultado puede ser el homicidio.

La inadecuación sexual es un factor primordial en la intensidad de la violencia empleada en el homicidio. La excesiva violencia que aplican en el homicidio (mucho mayor de la necesaria para llegar a matar), obedece especialmente al afán de venganza.

Por otra parte, Abrahamsen realizó una investigación psiquiátrica que determinó la correlación existente entre la necesidad de ejercer violencia y los errores ortográficos y verbales (a partir del análisis de unas buenas calificaciones en general, excepto muy bajas en ortografía, en los trabajos escolares de criminales). Ciertas anomalías como defectos del habla, hipersensibilidad visual y errores ortográficos, comenta que aparecen en la niñez como consecuencia de alguna perturbación del proceso de su pensamiento.

Por ejemplo también en los diarios o documentos escritos por Bremer u Oswald, entre muchos otros. Estos errores revelan la llamada: onomatopoyesis: la escritura de una palabra o nombre a partir de su sonido. La persona utiliza su imaginación y escribe una palabra tal y como se lo dicta su fantasía, ya que en el fondo desea que la palabra sea escrita a su modo (en realidad, no desean comunicarse).

Las razones por la cual determinada persona comete un crimen, mientras su hermano, que aparentemente tuvo la misma formación familiar, se crió de modo normal, se casó y vivió una vida útil a su comunidad, radica en factores ambientales y constitucionales. Están sujetos a la presión familiar o situacional que diferirá de un tiempo a otro y dependerá de la relación que establezcan sus padres en el hogar, así como de los sentimientos y actitudes para con ellos. Por otra parte, los padres reaccionan inconscientemente de un modo distinto ante cada uno de los hijos a pesar de sus esfuerzos más honrados para ser justos. Oswald por ejemplo, tenía dos hermanos mayores que llevaban vidas normales y criados en un mismo ambiente, pero realmente no fue así porque Oswald se crió con la madre viuda y con sus enormes dificultades al enviudar.

Por otra parte, de igual importancia que la situación precipitante, aún más importante, es la posibilidad de que el odio que se ha venido acumulando gradualmente por largo tiempo se convierta en un conflicto fijo en la mente del asesino.

Interacción entre el criminal y la víctima

Casi siempre es muy poco lo que llegamos a saber de lo ocurrido entre el asesino y su víctima; mucho menos de ésta. Aun suponiendo que dispusiéramos de esta información, un homicidio tiene muchos aspectos que prácticamente nunca llegan a conocimiento del público.

La relación entre el criminal y la víctima es más compleja de lo que la ley está dispuesta a admitir.

Criminal y víctima obran uno sobre otro inconscientemente. En la misma medida que el criminal moldea a la víctima ésta le moldea a él. Mientras la ley juzga esta relación desde un punto de vista objetivo, no emocional, la actitud psicológica de los participantes es muy diferente. La ley los distingue con toda claridad. Pero en realidad esta relación puede ser, y a menudo lo es, de estrecha intimidad, de modo que los papeles se invierten y la víctima pasa a ser el agente determinante, mientras que el victimario finalmente se convierte en víctima de sí mismo. La mayor parte de los homicidios se producen entre personas mutuamente conocidas y ello, es válido también para agresiones con lesiones.

Una relación básicamente sexual confiere al acto violento en general, y al homicidio en particular, una cualidad especial que traslada el crimen del nivel consciente al inconsciente. La correspondencia entre el acto sexual y el acto violento del homicidio, es sorprendente. El sexo es sustituido por violencia y la violencia por sexo. Los dos están más cerca el uno del otro de lo que suponemos. Esta es la razón por la que el homicidio es relativamente más frecuente entre personas que se conocen o tratan íntimamente. Existe una estadística americana por la que se comprobó que la mitad de los homicidios cometidos fueron instigados por las víctimas, indicando la grave intensidad de los deseos inconscientes de autodestrucción por parte de aquellas.

Son muchas las jóvenes que, sin darse cuenta de ello, desean tener relaciones sexuales con determinado hombre, al cual provocan sexualmente, con el propósito de ser atacadas y convertirse así en víctimas, de acuerdo con sus deseos inconscientes de autodestrucción.

El jugueteo seductor es también común entre muchachas jóvenes, frívolas y atrevidas que se sienten impulsadas por su deseo inconsciente de ser poseídas a la fuerza. Ignorantes de sus propias motivaciones, se colocan en situaciones en las cuales pueden ser atacadas sexualmente. Recuerdo un caso en el que la chica que fue violada por un grupo de jóvenes en una casa de las inmediaciones de Barcelona, algo alejada de las viviendas, y me explicaba que ella había ido sola a pasear por la montaña cercana (estaba anocheciendo), que vio luz dentro y oyó música y carcajadas de hombres, y no se le ocurrió otra cosa que llamar para ver si podía ir al baño.....Después de la exploración psicológica pude entender este acto dañino para ella, ese “no darse cuenta”, como algo bastante desconectado de su conciencia y fruto de aspectos autodestructivos que la empujaban (como así le sucedió en otras ocasiones anteriores, según me dijo, con sucesos similares) a colocarse a menudo en situación de riesgo.

La posibilidad de que una persona evite convertirse en víctima de un homicidio o agresión, dependerá en última instancia de su propia capacidad para no vincularse emocionalmente con otra persona potencialmente peligrosa para su vida y bienestar (cosa que requiere utilizar la intuición emocional cualidad nada común ya que en gran medida estamos gobernados por nuestros sentimientos inconscientes). Entre estos sentimientos figuran deseos de aventura, provocación, codicia y tendencias competitivas que, ocultos muchas veces tras la máscara de los deseos sexuales, sirven como pretexto para exponerse a situaciones peligrosas. Cuando las intensas frustraciones atenúan las motivaciones, conducen tanto al agresor como a la víctima, a la abreacción violenta de emociones y sentimientos reprimidos porque la frustración es la nodriza de la violencia.

¿Pero, por qué finalmente, el homicida se vería obligado a ejecutar el acto violento? La razón fundamental podría ser que, cuando mata o comete otro delito, por ejemplo, una violación, lo hace, con casi total inconsciencia, por creer que debe demostrar a su madre que no es insignificante, que es capaz de vengarse de ella por haberlo rechazado y que tiene el poder suficiente para devolverle los golpes (no es impotente y es capaz de defenderse y vengarse). Freud llamaba a ello: lucha contra la pasividad (intento de restablecer la confianza masculina demostrando que no está anulado, que tiene el poder de matar). Es él quien tiene el poder de anular por completo al otro/a.

Eso lo encontramos también en el caso del violador, que, en contacto sexual con una mujer, niega sus sentimientos pasivo- femeninos y se defiende contra sus deseos homosexuales, pero no obstante, para excitarse, ha de recurrir a la violencia (defensa del ego contra la angustia intolerable de pérdida de autovaloración masculina).

Otra razón más para la estrecha proximidad entre el asesino y su víctima es la existencia de esa intrincada red en que se entrelazan los impulsos homicidas con los autodestructivos (interacciones sado-masoquistas). Ya que todo homicida es inconscientemente un suicida y todo suicida es, en cierto sentido, un homicida psicológico, esta oscilación entre homicidio y suicidio influye la relación entre el agresor y la víctima. Típicamente, el homicida tiene miedo de matarse a sí mismo, miedo de morir, y por eso mata a otra persona.

Ahora bien, como las emociones más intensas, ya sean de atracción o de repulsión, están vinculadas a las relaciones familiares, no debe sorprendernos saber que el homicidio intrafamiliar constituyó el 25 % del nº total de los homicidios registrados en EEUU durante 1971 (las víctimas fueron esposas, madres, novios, padres e hijos). La razón de este tan elevado porcentaje intrafamiliar es la gran afinidad existente entre el atacante y la víctima, atracción

básicamente sexual. En cuanto a los provocados por discusiones, con mayor frecuencia es la esposa la víctima, quien inconscientemente provoca al marido a matarla.

El conocimiento de la víctima en el crimen ha progresado, según Abrahamsen, gracias a los delitos sexuales, como la violación o prostitución. La carencia de lazos familiares de la prostituta y sus medios independientes de subsistencia, sumados a su constitución psicológica determinada por la ausencia de una imagen paterna fuerte durante la infancia, la hacen especialmente propensa a convertirse en víctima de homicidio. Habiendo adoptado su profesión a causa de un inadecuado desarrollo de su personalidad, de un modo deliberado, aunque inconsciente, se expone a gran variedad de hombres, muchas veces bajo condiciones peligrosas y, en consecuencia, se convierte en presa fácil.

La victimización dependerá de la fuerza y proporción que entre sí guarden en las mujeres los caracteres femeninos y los masculinos, actitud sumisa y pasiva o seductora activa (en cuyos espectros los puntos extremos serán: el masoquismo o deseo de sufrir y el sadismo o deseo de dañar).

Quienes han sufrido la falta de satisfacción de sus necesidades instintivas durante su infancia, vivirán más tarde aferrados al dolor y al sufrimiento. Serán propensos a accidentes o enfermedades, y a menudo se expondrán a situaciones peligrosas con probable daño. En la víctima, entran en juego a menudo profundos sentimientos inconscientes de culpa, que le conducen, sin saberlo al masoquismo, a la autotortura, al autocastigo. Una persona como éstas, que sufre por no haberse satisfecho sus deseos de sufrir, inconscientemente buscará y seducirá a un amante sádico, a alguien que le cause dolor.

La victimología (estudio de la participación de la víctima en el homicidio) marca un nuevo rumbo en la práctica tradicional de la justicia criminal. Ello no quiere decir que el homicida no sea culpable o que la víctima no haya muerto; significa que la interacción emocional entre los dos puede conducir a un acto violento.

Atrapado y desamparado, atormentado por sus conflictos internos, el asesino encuentra a su víctima, también plagada de conflictos. Entrelazados uno con otro, representan en todos los niveles de la mente consciente e inconsciente, una corriente de emociones fluidas y transitorias que difícilmente pueden ser descifradas. Existe una relación simbiótica entre el asesino y su víctima que implica sugestionabilidad, dependencia y cooperación. En el juego de recíprocas acciones, abreaccionan, traducen en actos violentos lo que está escondido, reprimido en sus

mentes, pudiendo quedar al descubierto intenciones y motivaciones, que los protagonistas mismos no comprenden.

Bibliografía

Kernberg O. (2005): *Agresividad, narcisismo y autodestrucción en la relación psicoterapéutica*. Manual Moderno.

-(1992): *Agresion, in Personality Disorders and Perversions*. N Haven: Yale University Press

Freud S.(1905): *Tres ensayos sobre la teoria de la sexualidad*. Obras Completas

-(1914): *Sobre el narcisismo*

-(1915): *Los instintos y sus vicisitudes*

Hare, RD (1970): *Psychopathy: Theory and research*. N.York: Wiley

Klein, M.(1957): *Envidia y gratitud*. Obras completas

-(1927): *Tendencias criminales en niños normales*

-(1934): *Sobre la criminalidad*

Abrahamsen, D (1967): *The Psychology of crime* 2ª edic. N.York: Columbia University Press

Diatkine, G. (1986): *Las transformaciones de la psicopatía*. Tecnipublicaciones, S.A.

Echeburúa, E.(2006): *Personalidades violentas*. Psicología Pirámide

Williams, H: *El carácter criminal*. Artículo

Pont, T. (1998): *Breves encuentros con delincuentes. Aportaciones psicológicas a la Justicia Penal*. Herder

Pont, T. et al (2004): "Consideracions sobre la violencia a partir del cas d'un jove conflictiu". en *Revista Catalana de Psicoterapia Psicoanalítica*.

Pont, T. (2007): *El Psicólogo ante las crisis de la vida. Aportaciones de la psicología clínica desde una experiencia vivencial*. UOC

Pont, T. (2007): *La comunicació no verbal*. Vull saber. UOC

Alexander-Staub (1928): *Le criminel et ses juges*. Gallimard

Friendlander (1945): *Formation of the antisocial character*. Psicoanal. Study Child

Winnicott (1956). *La tendencia antisocial*. Laia

Freud (1977): *Los que delinquen por sentimientos de culpa*. Obras Completas Capít 2.

Campo, A. (1963). *El pensamiento y la culpa en la personalidad psicopática* APA

Angulo, F. (1988): "Delincuencia i abandonisme en la infantesa". C.Estudis i Formació. Abril nº 3, 45-50

Millon (1994): *La personalidad y sus trastornos*. Martinez-Roca

Feduchi, L (1992). *Adolescencia y delincuencia*. Ateneo barcelonés.

El acting in en el adolescente. SEPYPNA (1995)

El adolescente y violencia. Gaya. Sevilla

(*) *Teresa Pont Amenós es Psicóloga Clínica y Asesora Judicial, Profesora de profiling en el Master de Criminalística de la EPSI.-UAB y profesora de técnicas proyectivas-gráficas en el Master de Grafoanálisis Europeo. Este artículo es un pequeño extracto de lo que desarrolla en profundidad en su obra: Profiling, el Acto criminal*



* * *

www.grafologiauniversitaria.com

www.grafoanálisis.com